



AIBR
Revista de Antropología
Iberoamericana
www.aibr.org
Volumen 13
Número 1
Enero - Abril 2018
Pp. 45 - 68

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Etnografías de lo digital: Remediaciones y recursividad del método antropológico

Adolfo Estalella

Departamento de Antropología Social y Cultural. Universidad Complutense de Madrid.

Recibido: 02.03.2017

Aceptado: 10.12.2017

DOI: 10.11156/aibr.130104



RESUMEN

Los mundos digitales han planteado a lo largo de las últimas dos décadas toda una serie de desafíos metodológicos que, según la descripción habitual, obligan a la etnografía a adaptarse, transformarse o renovarse. En este artículo reformulo la cuestión del encuentro entre la etnografía con lo digital en otros términos, para argumentar que lo que está en juego en el estudio de lo digital no es la manera de proceder en nuestro trabajo de campo, sino la forma adecuada de describir la etnografía en esos encuentros. A partir de tres trabajos de campo donde lo digital se presenta con distintas expresiones, describo cómo mi etnografía sobre medios digitales es re-mediada, y cómo otra etnografía sobre prototipos resulta prototipada. Dos instancias que me llevan a argumentar que, en su encuentro con lo digital, la antropología tiene la posibilidad de re-aprender su método acompañada de otros, y re-describirlo mediante los vocabularios conceptuales que descubre en su encuentro empírico. Llamaré a eso una *relación de recursividad metodológica*, por la cual el objeto de estudio etnográfico se torna en la fuente para la descripción del método etnográfico. La recursión metodológica evidencia un doble efecto: la incorporación de las prácticas vernáculas como parte del repertorio metodológico del etnógrafo, y la re-descripción de la etnografía a partir del vocabulario conceptual del campo.

PALABRAS CLAVE

Digital, metodología, etnografía, prototipos, recursividad.

DIGITAL ETHNOGRAPHIES: REMEDIATION AND RECURSIVITY OF THE ANTHROPOLOGICAL METHOD

ABSTRACT

Digital worlds have posed anthropologists for the last two decades a whole set of methodological challenges that according to the traditional tale of the field has forced ethnography to adapt, transform or renew. In this paper I reframe this question to argue that the key issue when we study digital worlds is not just how to proceed but how to find the appropriate account to describe ethnography in these particular encounters. Drawing on three of my fieldworks focussed on different expressions of digital cultures, I describe how one of my ethnographies on digital media is re-mediated, and how other ethnography on prototypes is prototyped. Two instances leading me to argue in the encounter with digital worlds anthropology has the opportunity to re-learn its methods in the company of others and re-describe it drawing on the conceptual vocabularies that discovers in its empirical encounters. I will call it a relation of methodological recursivity in which the ethnographic object turns into the source to re-describe the ethnographic method. Methodological recursion evinces a twofold effect: The incorporation of vernacular practices as part of our method, and the re-description of ethnography drawing on the conceptual vocabulary of the field.

KEY WORDS

Digital, methodology, ethnography, prototypes, recursivity.

Lo digital en la contemporaneidad

Lo encontramos en una variedad de géneros de comunicación mundanos que forman parte de nuestra cotidianidad, adopta la forma de infraestructuras integradas en grandes instituciones y circula como múltiples narrativas que modelan el presente y orientan el futuro: lo digital forma parte de nuestros mundos contemporáneos. Hace dos décadas, lo que entonces se conocía como *el ciberespacio* fue descrito como un dominio exótico donde proliferaban las comunidades y se alumbraban ciberculturas singulares, como escribía Howard Rheingold a mediados de los noventa al descubrir *The Well*, uno de esos espacios: «*un mundo pequeño y acogedor que había estado floreciendo sin mí, oculto entre de las paredes de mi casa*» (1996: 15). Mundos exóticos solo al alcance de unos pocos entonces, hoy constituyen parte fundamental de nuestra contemporaneidad y podríamos decir que de nuestra naturaleza: «*lo digital [...] es más que un sustrato, se está convirtiendo en una parte constitutiva de lo que nos hace humanos*» (Horst y Miller, 2012: 4). Las etnografías y las observaciones participantes que se realizaron en aquella época se esforzaron por dar cuenta de los géneros de comunicación, las formas de organización social y las estrategias para la construcción de genuinas relaciones sociales a través de intercambios electrónicos. Aquellos estudios sobre comunidades virtuales han dado paso con el cambio de siglo a toda una serie de trabajos donde lo digital ya no es el objeto de investigación sino el dominio empírico donde se abordan tropos antropológicos tradicionales. Trabajos que abundan en la transformación de nuestra esfera pública como consecuencia de las tecnologías del *software* libre (Kelty, 2008), que nos ofrecen una renovada mirada sobre la materialidad de lo digital (Pink, Ardèvol y Lanzeni, 2016) o que aportan nuevos entendimientos sobre la migración (Madianou y Miller, 2012). A través de ellos, los mundos digitales se nos presentan como síntesis, reflejo, extensión o respuesta a las sociedades que los han visto florecer. Lo digital se ha convertido en un *locus* excepcional para estudiar aspectos distintivos de nuestra contemporaneidad y renovar preguntas fundamentales de la disciplina antropológica.

Un *locus* promisorio para el estudio antropológico, lo digital ha sido descrito de forma recurrente como un desafío metodológico para la etnografía. Un problema persistente a mediados de los noventa, ya avanzaba Arturo Escobar (1994) al referirse a lo que entonces se conocía como *el ciberespacio*. El relato de campo habitual (*tale of the field*) de antropólogos y etnógrafos se ha referido a lo digital como un mundo social que obliga a revisar las formas antropológicas de implicarnos en el trabajo de campo (Hine, 2015; Pink et al., 2016). Me interesa precisamente explorar

esa dificultad, esa suerte de extrañeza que lo digital provoca a los antropólogos frente a sus prácticas de campo, como si nos encontráramos ante una forma de alteridad que nos obliga a alterar el método de la etnografía.

Mi intención, sin embargo, no es discutir si la etnografía se mantiene igual o ha de ser transformada cuando estudia lo digital, o constatar los problemas que antropólogas y antropólogos encuentran en esos contextos; en este artículo trato de reformular la cuestión en otros términos. Mi punto de partida es que el desafío que encontramos al investigar los mundos digitales no es únicamente práctico sino descriptivo: lo que está en juego no es solo cómo debemos proceder para hacer una etnografía de determinadas formas de alteridad, sino cómo describimos posteriormente esas etnografías. Me gustaría plantear que la discusión metodológica que surge del encuentro de la etnografía con lo digital puede entenderse como un desafío descriptivo para la antropología que nos obliga a encontrar el registro óptimo para describir el propio método etnográfico en su encuentro con esos mundos singulares de la contemporaneidad.

Mi discusión parte de tres etnografías realizadas en sitios donde me encuentro con expresiones distintas de lo digital: una cultura vernácula de Internet, un centro de cultura digital y una serie de proyectos urbanos promovidos por vecinas y ciudadanos. En la primera describo cómo incorporo toda una serie de medios (digitales) que se cruzan en mi trabajo de campo y la forma como estos remedian mi etnografía. A través de la segunda y tercera etnografías, ocupadas con el estudio de la producción de prototipos, doy cuenta de cómo mi trabajo de campo adopta un gesto experimental en el cual mi etnografía es prototipada. El objeto de mis etnografías (los medios digitales y los prototipos) se torna en su expresión y la fuente conceptual para su descripción. Llamaré a eso una *relación de recursividad metodológica* entre lo digital y la etnografía. Trato de evidenciar que podemos entender el campo etnográfico ya no únicamente como el sitio donde nos ocupamos de describir y conceptualizar otros mundos sociales, sino como un sitio donde los otros se convierten en pares de los cuales re-aprender y re-describir nuestro método etnográfico. Más allá de la discusión sobre un dominio social, me gustaría sugerir que los recurrentes debates sobre el encuentro de la etnografía con lo digital nos plantean una singular cuestión de relevancia para la antropología: ¿cómo sería una conceptualización antropológica del método etnográfico?

El artículo continúa en cinco secciones: primero sitúo la discusión sobre las etnografías de lo digital en una literatura más amplia ocupada con los efectos de las tecnologías digitales en los métodos de investigación social e introduzco las contribuciones de los Estudios de Ciencia y Tecnología (STS) a este debate. En la segunda sección describo la reme-

diación de mi trabajo de campo en el estudio de la práctica bloguera. En la tercera doy cuenta de mi encuentro con toda una serie de prototipos urbanos que traducen a la ciudad lógicas de la cultura digital. La cuarta sección describe cómo incorporo en mi trabajo de campo los métodos de mis contrapartes, y la última sección introduce ese efecto etnográfico que designo como una recursión metodológica por la cual el campo nos ofrece el vocabulario conceptual y la inspiración metodológica para re-imaginar nuestra práctica etnográfica.

Alteridades y alteraciones

El encuentro de lo digital con la etnografía ha sido descrito de forma recurrente como una instancia que problematiza la forma y norma del método etnográfico; incluso las monografías empíricas sin pretensiones metodológicas van acompañadas de forma recurrente de excursos que dan cuenta y justifican su aproximación metodológica. Christine Hine (2005) ha hecho una descripción vívida de esta situación cuando se ha referido a la ansiedad metodológica experimentada por los investigadores de lo digital. De la etnografía virtual (Hine, 2000) de hace tres lustros a la etnografía digital reciente que proponen Sarah Pink, Heather Horst, John Postill, Larissa Hjorth, Tania Lewis y Jo Tacchi (2016), pasando nuevamente por la etnografía *para* Internet de Christine Hine (2015) —*ethnography for Internet*, y no etnografía *de* Internet (*ethnography of Internet*)—, ese juego de denominaciones nos habla de la enrevesada relación entre la etnografía y lo digital. Antropólogos y antropólogas invocan repetidamente en estas obras la necesidad de una «adaptación» de la etnografía (Hine, 2015) o formulan la oportunidad de una «innovación» (Pink et al., 2016) en el estudio de esos mundos sociales. Podríamos decir que la relación de la etnografía con lo digital ha sido tensa durante las últimas dos décadas.

Hay, sin embargo, excepciones, y la intensa indagación metodológica sobre lo digital contrasta con el argumento de quienes proponen que tales dominios sociales pueden ser estudiados por la etnografía sin más (Kelty, 2010). Así lo plantean Tom Boellstorff, Bonnie Nardi, Celia Pearce y T.L. Taylor (2012) en un manual dedicado a las etnografías de mundos virtuales; aunque no deja de ser singular que el argumento sea propuesto en un volumen escrito expresamente para realizar trabajo de campo en esos sitios empíricos. Requiera o no una transformación de la etnografía, lo digital es relatado como una forma de alteridad que altera el método, en el sentido de que hace de él algo extraño que nos obliga a modificarlo o reafirmarlo explícitamente. Sarah Pink y coautoras nos ponen sobre la

pista de un elemento distintivo de este debate, pues las etnografías digitales parecen pedir recurrentemente al antropólogo que «*explore las consecuencias de la presencia de los medios digitales en modelar las técnicas y los procesos a través de los cuales practica la etnografía*» (Sarah Pink et al., 2016); sobre este asunto central regreso más adelante.

El argumento que me gustaría plantear es que no estamos únicamente ante un desafío práctico, donde lo que está en juego es cómo debe operar el antropólogo, o antropóloga, cuando su objeto de estudio son los mundos digitales. Querría plantear que podemos entender la problemática que se presenta en el encuentro entre lo digital y la etnografía como un asunto genuinamente etnográfico. Cuando un antropólogo trata de dar cuenta de su método etnográfico, lo que tiene ante sí es un problema descriptivo: su desafío se encuentra en narrar, describir y conceptualizar como etnográfica la presencia que ha desplegado en el campo. Entendido de esta manera, el extrañamiento que lo digital provoca en nuestra relación con el método no necesita plantearse como una transformación del método, sino como la oportunidad para buscar las formas de descripción adecuadas para esas etnografías; este es precisamente el objeto de la discusión que desarrollo más adelante.

Una salvedad antes de continuar. A lo largo del texto evitaré definir eso que designo como *lo digital*. Heather Horst y Daniel Miller proporcionan una definición sucinta de lo digital al conceptualizarlo como «*cualquier cosa que ha sido desarrollada por, o puede ser reducida a, lo binario*» (Horst y Miller, 2012: 5). Yo me abstendré de clausurar y avanzar definición, aunque sí asumo, como propone Tom Boellstorff (2008), que lo digital no puede, ni debe, reducirse a los ordenadores, las tecnologías electrónicas o el *online*. Más allá de eso, lo digital es un objeto empírico cuyos límites son definidos y redefinidos constantemente en nuestras etnografías.

La particular problemática que nos plantea el estudio etnográfico de lo digital nos habla en realidad de un efecto general que lo digital ha producido sobre los métodos de las ciencias sociales. Mike Savage y Roger Burrows (2007) lo formularon hace una década de manera dramática cuando plantearon una «crisis de la sociología empírica» como consecuencia de la proliferación de datos transaccionales que registran nuestra sociabilidad mediada por tecnologías digitales. En su argumento plantean un reordenamiento epistémico de las ciencias sociales por el cual los académicos (y académicas) son desplazados como productores de conocimiento sociológico, mientras su aparato tradicional (encuestas y entrevistas, en su formulación) queda obsoleto. Nos encontramos entonces con la entrada de nuevos actores en el dominio de la investigación social (como

grandes empresas) que amasan enormes volúmenes de datos empíricos a los que aplican novedosas técnicas de análisis que han desarrollado ellas mismas. Savage y Burrows reclaman ante esta situación una innovación metodológica para estar a la altura de los tiempos. Tal planteamiento encuentra eco en contribuciones recientes que exploran (y reivindican) la posibilidad de métodos más inventivos (Lury y Wakeford, 2012) o métodos que revitalicen (*live methods*) la sociología, según la acuñación de Les Back y Nirmal Puwar (2012). El mundo del arte y la cultura digital son fuentes de inspiración excepcionales en la búsqueda de esa renovación (Back, 2012). Nos encontramos ante los efectos ambivalentes de lo digital: donde Savage y Burrows (2007) han visto una crisis para los métodos de investigación, Les Back (2012) deposita una oportunidad para su renovación.

Si bien el encuentro con lo digital ha puesto de manifiesto las limitaciones de los métodos de las ciencias sociales, hay otra literatura que ha reformulado el debate metodológico en términos singulares. La crítica que los STS proponen es valiosa, pues evidencia la limitada sofisticación de nuestra concepción de los métodos (o, lo que es lo mismo, de nuestra descripción de ellos), reducidos a menudo a una simple herramienta para la producción de datos empíricos. Aporte central de estos trabajos es su manera distintiva de aproximarse al estudio de los métodos como objetos sociales que puede ser investigados empíricamente. Señalo tres contribuciones de esa literatura pertinentes para el asunto que me ocupa.

Los STS han renovado la forma de discutir sobre la metodología de las ciencias sociales al hacer de los métodos un objeto empírico que puede ser investigado. En lugar del tradicional ejercicio reflexivo sobre la propia práctica (género habitual al escribir sobre el método en antropología), nos encontramos con trabajos que investigan empíricamente la construcción y desarrollo o la aplicación que hacen terceros de sus métodos. El estudio histórico de la encuesta que realiza Sarah E. Igo (2007) o la etnografía que Javier Lezaun (2007) hace de los grupos de discusión ilustran esta aproximación. Las descripciones empíricas de los STS revelan la materialidad y espacialidad del método y nos muestran que estos son más que un conjunto de procedimientos técnicos al describirlos como ejercicios de construcción de relaciones. Finalmente, los métodos son conceptualizados como objetos sociales, situados históricamente, que nos hablan de una época, como evidencia el trabajo de Mike Savage (2010) sobre el desarrollo e implantación de las encuestas y entrevistas durante el siglo XX en el Reino Unido: «[los métodos] *son la misma sustancia de la vida social*» (Savage, 2013: 5). Encontramos resonancias con los trabajos históricos realizados por Roger Sanjek (1990) o la enorme obra de George Stocking

(1983), dos excepciones dentro de la disciplina, más volcada en dar cuenta del método etnográfico a partir de ejercicios reflexivos que discuten nuestra práctica individual o mediante géneros normativos (manuales) que clausuran la forma y definen la norma del método. La discusión que propongo sobre el encuentro de lo digital con la etnografía se encuentra en diálogo con esta literatura que entiende el método como un objeto social que nos habla de nuestra contemporaneidad.

Remediación

Los blogs eran en 2006 y 2007 un fenómeno mundial que ocupaba portadas, acaparaba la atención de instituciones y atraía a millones de personas que los practicaban. La Internet de entonces era en su realización material y su imaginación cultural muy diferente de la que conocemos una década después, un espacio de comunicación textual principalmente, donde las redes sociales apenas estaban establecidas y los servicios comerciales eran aún limitados¹. En aquella época desarrollé una etnografía sobre blogs, lo que entonces constituía una vibrante cultura vernácula de Internet —como se ha referido a esas expresiones culturales Gabriella Coleman (2010)—.

Mi trabajo de campo se ocupó de personas que escribían y publicaban casi a diario en sus blogs personales, un colectivo formado en su mayoría por hombres de entre 25 y 45 años, un grupo difuso en sus límites, compuesto por individuos que se habían convertido en figuras excepcionalmente visibles de lo que se denominaba entonces la *Blogosfera*. Muy a menudo su escritura adquiría un género intensamente reflexivo sobre su propia práctica: los textos breves y a veces apresurados de sus blogs expresaban las expectativas de que esa tecnología iba a revolucionar la sociedad. Esperaban que produjera unos medios de comunicación más participativos, unos partidos políticos más democráticos y una educación más horizontal. Expectativas que circulaban de un lado a otro del globo y animaban a empresas, medios de comunicación y partidos políticos a incorporar esta tecnología como infraestructura de comunicación y herramienta de organización.

La Blogosfera era una ecúmene global que resultaba del intercambio cotidiano de breves escritos en blogs, comentarios en respuesta (escritos

1. Para dar una idea, el servicio de vídeos YouTube acababa de nacer en 2005, no existía Facebook (aunque comenzaban a aparecer otras redes sociales como Friendster) y la plataforma de lo que entonces se describía como *micro-blogging* —Twitter—, comenzaría a operar en aquella época (julio de 2006).

por colegas o extraños), enlaces que resumaban en los textos y nuevos escritos que ampliaban ese diálogo y lo proyectaban en el tiempo. Ese intercambio de textos que trazaban relaciones era descrito como una gran «conversación», un espacio dialógico, horizontal, abierto y democrático en el que cualquiera podía participar (pese a que quienes así lo declarasen fueran principalmente hombres, altamente formados y con situaciones económicas desahogadas). La Blogosfera era el espacio donde los *bloggers* cultivaban la esperanza de lograr una sociedad más democrática. Era también el sitio en el que arrancó un trabajo de campo que comenzó con la sencilla práctica rutinaria de leer blogs cada mañana en el despacho de mi centro de investigación (en el campus universitario de Castelldefels, población próxima a Barcelona). Sin embargo, situado frente a la conversación que se desplegaba en mi pantalla, resultaba difícil establecer dónde se encontraba mi campo, cuáles eran sus límites y cómo podía hacerme visible en él.

No era mi primer acercamiento a ese género de comunicación porque había blogueado anteriormente, así que el diseño inicial de la investigación planteaba la elaboración de mi propio blog. Incorporé el bloguear a mi trabajo de campo en las primeras semanas, lo que se sumaba a mi práctica de leer lo que otros publicaban en sus blogs, dejar comentarios en ellos y responder a quienes comentaban en el mío: participaba de esa manera en un diálogo que se desplegaba con parsimonia, constancia y repetición. Mi trabajo de campo reproducía la rutina cotidiana de muchos *bloggers* y estaba modelado intensamente por la escritura en abierto de lo que he designado como el *blog de campo* (Estalella y Ardévol, 2007).

Antropólogos y etnógrafas han utilizado los blogs como parte de sus investigaciones, en ocasiones como un diario de investigación público (Wakeford y Cohen, 2008), o como un instrumento que ancla la investigación en Internet y se convierte en un híbrido entre diario de campo, archivo público y espacio de discusión académica (Mortensen y Walker, 2002). El blog de campo no era, en mi caso, la trasposición a Internet de mi diario, sino un instrumento para la construcción y la articulación de relaciones. En buena medida, el blog marcaba el ritmo de mi actividad cotidiana, materializaba mi presencia y me ofrecía los medios para poder relacionarme. Antes de conocer presencialmente a algunas personas me hacía notar a través del blog; bastaba para ello incluir un enlace a su blog para que reparasen en el mío a través de un sistema de notificación automática (*trackback*). Podría describir el blog como el medio de mi trabajo de campo y su forma relacional.

Muchos *bloggers* mantenían contactos presenciales; a veces pequeños encuentros para tomar unas cervezas y hablar de blogs, en otras ocasiones

grandes eventos donde se celebraban las virtudes de la Blogosfera². Tanto en unos como en otros era habitual ver a los *bloggers* sacar sus cámaras digitales para publicar después sus imágenes en Internet³. Tomé parte en esos encuentros donde reproduje esa práctica mediática e incorporé lo visual como parte de mi forma de personarme en el campo. Me lancé a tomar fotos que después publicaba en Internet, como mis contrapartes en el campo. Lo que podría parecer una técnica de registro era en realidad una actividad que vehiculaba mi propia sociabilidad en el campo. Otras tecnologías extendidas entre los *bloggers* para clasificar enlaces favoritos o alojar vídeos se convirtieron en parte del repertorio instrumental de mi etnografía. Esta se expandía hacia toda una ecología de medios digitales que ampliaban los límites de mi campo, reformulaban mi objeto empírico (nuevas tecnologías formaban parte de él) y reequipaban mi trabajo etnográfico con nuevos medios.



Imagen 1. Dos *bloggers* durante la segunda edición del EBE en 2007 toman fotos en la sala principal y un tercero retrata su acción para después publicar la imagen en Internet (Victoriano Martín).

2. Participé a lo largo de mi trabajo de campo en más de dos decenas de encuentros *bloggers* en grandes ciudades de toda España (Barcelona, Madrid, Bilbao, Sevilla, Valencia...) que se convertirían en uno de los momentos empíricos más productivos de mi trabajo de campo.

3. Los teléfonos móviles no tenían cámaras y era extraño que dispusieran de la Internet por aquella época.

Enfrentado a un campo de límites confusos y unas formas de sociabilidad extraña, el repertorio de tecnologías digitales que había incorporado (el blog de campo y otros instrumentos) era el medio (y el *media*) para poner remedio a los dilemas metodológicos que encontraba en mi etnografía. La Blogosfera, esa conversación creada a través de un ensamblaje heterogéneo de tecnologías diversas (plataformas de blogs, repositorios fotográficos, archivos públicos de enlaces, sistemas de *micro-blogging*) era el objeto de mi investigación, pero era también el equipamiento material de mi etnografía, ya no equipado únicamente con un cuaderno de notas, sino con todo un inventario de tecnologías diversas esenciales para sostener mis relaciones en el campo.

Podríamos describir el efecto de la Blogosfera sobre la etnografía como una forma de remediación, en el doble sentido que Paul Rabinow (2011) conceptualiza el término inglés de *remediation*, que significa poner remedio a una situación, enmendarla; pero Rabinow le añade un nuevo sentido: remediar es también cambiar de medio a la etnografía, de un contexto presencial a otro mediado por tecnologías digitales. Bien podría decir entonces que mi etnografía cambió el medio convencional del trabajo de campo incorporando un nuevo equipamiento para sostener las relaciones sobre las cuales se constituía la Blogosfera. Para Rabinow, el proceso de cambiar de medio y reequipar la etnografía es relevante porque permite reequilibrar el binomio observación/participación y explorar posibilidades experimentales para la etnografía. A ello me refiero en la siguiente sección; pero ahora me detengo un momento en algo diferente.

El reequipamiento de la etnografía con toda una serie de medios era en mi trabajo de campo sobre *bloggers* un gesto de remedo: una imitación de aquellos otros a los que trataba de comprender. Participaba de los mundos sociales investigados incorporando los mismos instrumentos que fundaban su sociabilidad. Christine Hine (2000) ha argumentado que ese gesto, en el cual incorporamos las tecnologías de los otros, es también una manera de producir conocimiento sobre los mundos que pretendemos comprender, y es además una forma singular de interpelar a la tecnología y dejar que esta nos interpele (cuando por ejemplo nos pide ciertos ritmos o nos impone determinados géneros de escritura). Podemos entender entonces la remediación como un gesto reflejo que funda nuestras formas de sociabilidad entre los otros cuando remeda —y remedia— sus prácticas. Ese cambio de medio de la etnografía es la respuesta al imperativo impuesto por las formas de sociabilidad de los mundos investigados. Una etnografía remediada que toma forma y se expresa a través de medios vernáculos. La remediación del trabajo de campo es entonces un ejercicio

que implica enmendar, remediar y remedar nuestra etnografía según los medios vernáculos.

El término tiene un amplio recorrido dentro de la literatura sobre las culturas digitales, y David Bolter y Richard Grusin (1999) han hecho del concepto de *remediación* (*remediation*) la clave para analizar la relación entre los medios de comunicación tradicionales (radio, prensa, televisión, correo...) y los que tradicionalmente se han denominado *nuevos medios* (*new media*: correo electrónico, Internet, videojuegos, fotografía digital...). Su argumento es sencillo y directo: cada nuevo medio remedia a los anteriores, en el sentido de que los remeda mediante ejercicios de imitación y modificación. Para comprenderlo basta con examinar el caso de la fotografía digital, que los dos autores plantean puede entenderse como un ejercicio de imitación de la analógica, mientras que los videojuegos reproducen con sus perspectivas en primera persona formas narrativas propias del cine. Lo importante de su argumentación es que frente a la retórica de la novedad y la ruptura que durante años ha acompañado a los *new media*, Bolter y Grusin trazan en su estudio histórico toda una serie de relaciones de continuidad y diferencia desde la antigüedad hasta la ecología mediática presente. De forma que, para comprender los cambios que operan, sugieren que es necesario prestar atención a cómo los medios nuevos honran, rivalizan y revisan los precedentes.

El trabajo que Bolter y Grusin elaboran desde la teoría de la cultura y de la literatura sobre los nuevos medios creo que nos ayuda a entender algunos aspectos del proceso de reequipamiento mediático de la etnografía y la invisibilización que muy a menudo acompaña al proceso de remediación etnográfica. De manera paradigmática, lo que ocurre cuando las tecnologías que reequipan el campo del antropólogo son investidas con toda una serie de atribuciones: ya sea la capacidad de producir una cierta objetividad mecánica o permitir la construcción de intersubjetividad (Beaulieu, 2004). Los dos autores argumentan que, desde el Renacimiento, los medios de comunicación oscilan entre dos lógicas diferentes: inmediatez e hipermediatez. Mientras la primera pretende borrar el rastro del medio (un ejemplo es la perspectiva en pintura), la segunda tiende a la proliferación de la presencia de medios (un ejemplo serían los manuscritos antiguos, convertidos en espacios para la pintura mediante iluminación de letras capitales). Si la inmediatez ha sido dominante hasta la Modernidad, la Contemporaneidad está atrapada en la tensión entre ambas lógicas: «*nuestra cultura quiere multiplicar sus medios y borrar el rastro de la mediación al mismo tiempo: idealmente quiere borrar sus medios en el mismo acto de multiplicarlos*» (Bolter y Grusin, 1999: 5). Pareciera que el trabajo de campo sobre culturas vernáculos de lo digital

nos lleva a remediar nuestras etnografías y, sin embargo, esa proliferación de medios es muy a menudo invisibilizada. Quizá es el momento de que reconozcamos la naturaleza remediada de nuestras etnografías al tiempo que, en lugar de borrar su rastro, hacemos visible la manera como enmendamos nuestros métodos con toda una serie de medios vernáculos.

Prototipos urbanos

Unos años después de mi trabajo de campo, los blogs habían sido incorporados como plataformas convencionales por medios de comunicación y habían perdido el carácter insurgente con el que muchas de mis contrapartes los investían: un indicador del cambio acelerado experimentado por las culturas digitales y las formas de sociabilidad mediadas por las tecnologías digitales a lo largo de las últimas dos décadas. Hemos llegado a una situación en la que ya no es posible identificar las culturas digitales con los ordenadores o las tecnologías digitales (Kelty, 2010); estas se han transformado adoptando otras expresiones, en ocasiones inesperadas e inimaginadas. Mi trayectoria investigadora sigue esa transformación.

Tras mi etnografía sobre *bloggers* me interesaré por la cultura de los prototipos desarrollada en el centro de cultura madrileño Medialab-Prado, un contexto donde la cultura digital se funda en la sociabilidad presencial y el cacharreo material, nada que ver con la virtualidad característica de la Blogosfera. Los prototipos son convencionalmente dispositivos de prueba, ensayos realizados durante los desarrollos iniciales de tecnologías. Hay una formulación alternativa que hace de los prototipos ejercicios experimentales: no un estadio previo a la clausura y estabilización de cierta tecnología, sino el espacio para la experimentación social con materialidades y relaciones diversas. Prototipos cuya condición experimental no es transitoria (un momento antes de su estabilización), sino constitutiva y permanente: así es como los prototipos se entienden y practican en Medialab-Prado.

Centro público de vanguardia, Medialab-Prado (MLP, a partir de ahora) ha desarrollado durante más de una década una línea de investigación sobre cultura digital que explora de manera crítica la intersección de arte, ciencia y tecnología. Mi etnografía (en colaboración con Alberto Corsín Jiménez) se desarrolla durante un período de 10 meses en 2010. Ese año, el centro abraza la ciudad en uno de los grandes talleres de producción que organiza periódicamente. Bajo el lema de «Ciencia de barrio», se reúnen en el taller durante tres semanas más de 50 personas llegadas de todas partes del mundo (principalmente Europa) para producir prototipos que exploran cómo los barrios pueden entenderse como un

contexto donde todo tipo de colectivos ciudadanos se ejercitan en la experimentación urbana.

Los talleres son momentos intensos. Organizados en grupos, los participantes pasan el día trabajando en sus prototipos y por la noche el colectivo se disemina por los bares cercanos del barrio. Una de las noches me cruzo con Hernani Días, publicista reconvertido al mundo del arte que había participado el año anterior en MLP y volvería a hacerlo en el siguiente. A través de su proyecto *re:farm the city* ha desarrollado un repertorio de tecnologías electrónicas para el cuidado de huertos urbanos, desde medidores de acidez a sistemas de riego automatizados basados en la tecnología Arduino —un sistema de electrónica con propósitos pedagógicos—. Hernani está en tránsito hacia Nueva York, otra de las ciudades que forman parte de esa geografía amplia (junto a Buenos Aires, Madrid, Barcelona, Pekín...) en la que ha desarrollado con diversos colectivos *re:farm*. Además de los componentes electrónicos, el proyecto construye los mismos huertos; aprovecha para ello cualquier espacio y, cuando no lo hay, lo inventa: en una terraza doméstica o en un cajón móvil hecho de maderas recicladas sobre ruedas. Detrás de cada uno de los huertos de *re:farm* hay una vocación filial. Una artista ha creado un huerto de cebollas: la sopa que prepara con ellas en cada cosecha acompañará una *performance* dramática. Otro participante cultiva todos los ingredientes necesarios para una ensalada destinada a ser compartida con amigos. Diseñados para cultivar la amistad, cada prototipo de *re:farm* trae a la existencia una comunidad concernida con la ciudad; de ahí que en MLP suelen decir que lo que se prototipa no es una tecnología sino una comunidad, un colectivo implicado en la construcción de esas frágiles cosas y en la construcción de problematizaciones.

Los prototipos que surgen de los talleres de MLP son habitualmente creaciones vulnerables: fallan pronto y colapsan rápido. Algo que no constituye un problema para sus autores o MLP, pues el prototipo es antes que nada un ejercicio de experimentación para explorar metodologías fundadas en el cacharreo material y probar formatos para el encuentro y el intercambio de conocimiento. Los prototipos ponen a prueba ideas, ensayan diseños materiales y problematizan asuntos relevantes. Así, podemos interpretar el esfuerzo de *re:farm* por hacer florecer la conciencia ambiental en la ciudad, u otro proyecto en el que participo durante el taller «Ciencia de barrio», que promueve el reciclado y la reutilización como forma de responder al consumo acelerado en la ciudad. Tales proyectos resuenan en esa aspiración con lo que Mat Ratto ha designado como *haceres críticos* (*critical making*), un concepto con el que se refiere a prácticas materiales que pueden entenderse como ejercicios críticos. Formas

de crítica material-conceptual encarnadas precisamente en «*prototipos cuyo desarrollo se utiliza para extender conocimiento y habilidades en áreas técnicas relevantes y también para proporcionar los medios para la exploración conceptual*» (Ratto, 2011: 253).



Imagen 2. Una imagen del taller de *Interactivos?* Celebrado en el centro Medialab-Prado (Madrid) durante junio de 2010 (Adolfo Estalella).

Cada una de las creaciones de *re:farm* está documentada finamente y publicada en Internet con licencias libres que permiten que puedan ser copiadas y reproducidas. El repositorio que han creado usando un blog y la tecnología *wiki* (la misma de la Wikipedia) impresiona por su grado de elaborado detalle. Siguen de esta manera el lema insistente de MLP, empeñado en la confección de una pormenorizada y profusa documentación que debe proporcionar detalles de la construcción del prototipo. Una cultura documental que presta especial atención a los géneros y formatos, las infraestructuras de archivo y las condiciones legales que permiten su reutilización —normalmente licencias libres estilo *copyleft* y licencias *Creative Commons*—. Lo que está en juego es que cualquiera pueda utilizar, copiar, modificar y redistribuir la documentación libremente, de tal forma que el prototipo pueda ser replicado y modificado: documentar las

creaciones del presente para componer la posibilidad de nuevas versiones futuras.

Movido por un impulso de replicación y modificación en versiones diversas, el prototipo se encuentra entre la realización material precaria y la sólida producción documental. Se nos aparece como una «*figura de posibilidad y suspensión en la cual la relacionalidad y los objetos pueden ser al mismo tiempo ‘más que muchos y menos que uno’*» (Corsín Jiménez, 2013: 3). Como describe Alberto Corsín, un prototipo es siempre la promesa de una nueva versión (*más que muchos*), pero es *menos que uno* porque nunca llega a realizarse completamente, un objeto sociotécnico sin clausurar movido por un impulso de proliferación en versiones.

Esa sensibilidad material distintiva materializada en los prototipos de MLP está en realidad extendida en toda una serie de intervenciones urbanas que proliferan en el resto de la ciudad durante esos años. Promovidas por vecinas, habitantes y algunos colectivos de arquitectura, han surgido un amplio número de huertos urbanos, espacios autogestionados y solares autoconstruidos, sitios donde unas y otros se hacen cargo del cuidado urbano. Concernidos por hacer de la ciudad un lugar más habitable, grupos informales se afanan en la autoconstrucción de todo tipo de infraestructuras mundanas (gradas, bancos, mesas...) con las que amueblan y dotan de nuevas capacidades a la calle. Ejercicios donde aprenden a usar una caladora, pergeñar diseños, ensamblar maderas... en la tradición del DIY (*Do It Yourself*) insurgente. Una práctica material que va acompañada por trabajos documentales que producen nuevamente minuciosas instrucciones, manuales, archivos urbanos y todo tipo de registros descriptivos con la expectativa de que la inscripción documental de esos aprendizajes pueda viajar hacia otros lugares. A la autoconstrucción material y la práctica documental se suma un amplio repertorio de metodologías diversas que son aprendidas en esos espacios: asambleas organizadas en huertos, tecnologías digitales diversas usadas en la comunicación, técnicas para la resolución de conflictos... Una ciudad convertida en lugar de intervención material y un objeto de reclamación política, toma aquí también la forma de un método a través del cual se indagan en las formas posibles de vida en común.

La inspiración de la cultura libre se hace visible a menudo entre nuestras contrapartes cuando un grupo se organiza para *hackear* el plan de urbanismo que el Ayuntamiento elabora por entonces, otro desarrolla mobiliarios *open-source* (de código abierto), mientras la aspiración de prototipar la ciudad se airea a menudo entre ellos. Figuras que dan cuenta del esfuerzo por emplazar en la ciudad el impulso liberador que la cultura libre ha cultivado originalmente en Internet y que viaja de formas

diversas a MLP y al entorno urbano. En las palabras de sus participantes, estamos ante una ciudad que toma la forma de un prototipo urbano, descripción habitual de nuestras contrapartes en el campo. En estos experimentos de calle, la cultura digital es liberada de su identificación estrecha con la pantalla y las tecnologías digitales: una cultura libre que adopta la forma de un objeto urbano. Mi etnografía sigue ese derrotero.

Prototipar la etnografía

Mi itinerario etnográfico circula por la ciudad a través de varias intervenciones (entre los años 2012 y 2015) adyacentes a esos espacios prototípicos que capturan mi interés etnográfico. Uno de tales sitios es La Mesa Ciudadana, un grupo de trabajo dedicado a investigar y trabajar sobre proyectos ciudadanos que se hacen cargo de la gestión de espacios públicos. Arranca a través de la colaboración que mantenemos (Alberto Corsín y yo) con dos colectivos de arquitectura: Basurama y Zuloark, dos grupos de jóvenes arquitectos dedicados a proyectos en los que hibridan arte, diseño y espacio público con su práctica disciplinar. Ambos son protagonistas destacados de algunos de los proyectos urbanos que han proliferado en la ciudad. La Mesa surge de manera oportunista cuando aprovechamos unas jornadas de MLP para realizar un taller dedicado a iniciativas ciudadanas concernidas por la ciudad. Lo siguiente son una serie de reuniones periódicas (semanales al principio, quincenales posteriormente), que se desarrollan a partir de 2012 en el centro de arte Intermediae (Matadero), convertido a la postre en espacio de referencia del proyecto.

Algunas vecinas de Arganzuela (Madrid), el barrio donde se ubica Intermediae, se acercarán a una de las primeras reuniones de La Mesa. Son parte de un grupo que ha *okupado* ilegalmente un solar abandonado desde hace varias décadas, y ha comenzado a cultivar un huerto abierto al barrio. Faltas de experiencia, llegan cargadas de dudas legales y necesitadas de recursos materiales. Asistentes experimentados con años de participación en otros huertos comunitarios (miembros de la Red de Huertos Urbanos de Madrid) solventan sus preguntas: indican las etapas a seguir para la legalización del proyecto y los sitios a los que acudir para obtener tierra, semillas y materiales. Durante dos años, dos decenas de participantes habituales, y otros ocasionales, sostienen su esfuerzo por problematizar la ciudad desde sensibilidades epistémicas diversas: arquitectura, urbanismo, arte... y también antropología. La Mesa se configura como un espacio de investigación sobre la ciudad, una infraestructura que congrega cierta sensibilidad urbana y que también interviene sobre ella.



Imagen 3. Un encuentro de La Mesa ciudadana de gestión de lo público en Intermediae (Madrid) (Adolfo Estalella).

La Mesa es también una instalación etnográfica singular, el resultado de la colaboración con algunas de mis contrapartes en el campo (Basurama y Zuloark). No es posible dar cuenta de ella mediante la figura del encuentro etnográfico, y tampoco podría describirla a través de formas metodológicas convencionales (como los grupos de discusión o investigación acción participante). Es precisamente esta ambigüedad su condición distintiva: un objeto de diseño etnográfico que responde a lineamientos (en términos de temática de trabajo, formato de encuentro, frecuencia, etc.) pergeñados en colaboración estrecha con Basurama y Zuloark. Pero La Mesa es también un objeto de interés etnográfico, un lugar de indagación sobre lo que ocurre en ella y más allá, en huertos y espacios autogestionados diseminados por la ciudad. A través de La Mesa, mi etnografía se abre a nuevas relaciones y se proyecta hacia otros sitios de la ciudad en un ejercicio de adyacencia con el campo: forma parte de este pero se instala sobre él con unas cualidades distintivas, como una infraestructura de campo con la que es posible acompañarse de otras (personas y disciplinas) en la tarea de construir problematizaciones conjuntas.

Este ejercicio infraestructural resuena con toda una serie de intervenciones desarrolladas en años recientes por autores como George Marcus

a través de *parasitios* para la colaboración (*parasites*) y exposiciones (Marcus, 2013), infraestructuras digitales diseñadas para la colaboración (Fortun, Fortun, Bigras, Saheb, Costelloe-Kuehn, Crowder, Price y Kenner, 2014) o experimentos que combinan una cosa y la otra (Rabinow y Bennett, 2012). La descripción de lo que significa hacer etnografía adopta aquí un vocabulario distinto al dar cuenta de estas infraestructuras de campo, como nos hemos referido a ellas en otro lugar (Estalella y Sánchez Criado, 2016). No estamos ante el convencional relato (*tale of the field*) que funda el trabajo de campo en la producción de relaciones: nos encontramos ante una práctica etnográfica que se narra a través de la construcción de infraestructuras. Inusual para nuestras descripciones de lo que significa hacer etnografía, resulta comprensible si atendemos a una sensibilidad infraestructural que desde la antropología ha comenzado a comprender las infraestructuras como «mundos relacionales» (Harvey, Jensen y Morita, 2016).

Al cabo del tiempo, La Mesa dará lugar a otro proyecto, Citykitchen, y se imbricará con otras iniciativas diversas en las que participamos activamente (o promovemos directamente). Una de ellas es Ciudad Escuela, proyecto de pedagogía urbana que hibrida las prácticas de autoconstrucción con la aspiración liberadora de la cultura libre y el *software open source*. Desarrollado junto a Zuloark y Basurama, Ciudad Escuela despliega una infraestructura digital y se organiza en torno a un itinerario de talleres ambulantes que recorren la ciudad y se ubican en distintos espacios gestionados por vecinas. Nuevamente, Ciudad Escuela será versionada en Ciudad Huerto. Una intervención deriva en otra (La Mesa transformada en Citykitchen, Ciudad Escuela convertida en Ciudad Huerto), se prolonga y produce una nueva versión distinta de la anterior. A través de ellas, la etnografía se proyecta constantemente hacia nuevas versiones de sí misma.

Lejos de ser puramente un observador, y sin pretender asumir el rol implicado del antropólogo público o del investigador activista, mi ejercicio etnográfico se expresa más allá de la pura descripción y de manera distinta a otras articulaciones políticas de la antropología, en este caso mediante la construcción material de mundos relacionales que permiten la elaboración conjunta de problematizaciones con otras. En ese itinerario, mi etnografía no solo inscribe aquello que acontece (a la manera tradicional) sino que reinscribe materialmente a su objeto de estudio: La Mesa y Ciudad Escuela son infraestructuras del campo (infraestructuras que pertenecen al campo), efectos etnográficos de este (resultado de la etnografía que se desarrolla en él) e infraestructuras de campo (destinadas a producir problematizaciones antropológicas). Estamos ante una etnografía que ya

no produce únicamente, ni necesariamente, un resultado textual sino una serie de infraestructuras que sostienen la colaboración con mis contrapartes. La Mesa o Ciudad Escuela son intervenciones sobre el campo y sobre nuestro propio método.

Reequipada con toda una serie de infraestructuras materiales, formatos de encuentro, metodologías diversas y tecnologías digitales... que hemos aprehendido (y aprendido) en nuestro trabajo campo, proyectada hacia el futuro en un proceso en el que se versiona sucesivamente, mi etnografía está hecha de relaciones y tejida a través del despliegue de infraestructuras y espacios a través de los cuales problematizamos el mundo (Estalella y Ardèvol, 2007). Una etnografía sobre prototipos urbanos que adopta la forma de un prototipo antropológico, un gesto recursivo en el cual el objeto de nuestra etnografía se convierte en su forma, como describo en la última sección.

Recursividad metodológica

Las condiciones cambiantes de la etnografía en la contemporaneidad han llevado a cuestionar la forma y norma de su método. Antropólogos y antropólogas se han abierto en tiempos recientes a nuevas formas de colaboración, se han internado en ejercicios experimentales y han movilizado todo tipo de infraestructuras digitales en su trabajo de campo. El trabajo de campo ya no es lo que era, como señalan James Faubion y George Marcus (2009). Las transformaciones que experimenta la etnografía corren parejas a la redefinición de sus fundamentos conceptuales —por ejemplo, la reconceptualización de la noción de campo (Amit, 2000; Gupta y Ferguson, 1997)— y el abordaje de nuevos objetos empíricos; uno de esos nuevos dominios empíricos que tensa la forma etnográfica son los mundos digitales.

En este artículo he dado cuenta de mi trabajo de campo en el estudio de tres contextos empíricos diferentes donde la cultura digital adopta expresiones diversas. El encuentro con ellos me ha llevado a reequipar el método etnográfico con un repertorio de tecnologías, métodos e infraestructuras que encuentro en el campo. Noortje Marres (2012) ha llamado la atención sobre cómo en un proceso de progresiva digitalización de nuestras sociedades proliferan toda una serie de métodos creados por nuevos actores que utilizan las tecnologías y propiedades de los entornos digitales para desarrollar novedosas técnicas (estudios de redes basados en computación, análisis textuales...) de manera que científicos y científicas sociales ya no tienen el monopolio de los métodos para la investigación social. La situación es especialmente singular en las etnografías de lo

digital. Equipados con nuestro método convencional nos cruzamos con esos otros equipados con los suyos propios. En este artículo he realizado un doble esfuerzo: he tratado de mostrar que en esas circunstancias se abre la posibilidad de tomar inspiración metodológica y reaprender el método etnográfico de nuestras contrapartes en el campo, pero además he explorado el registro etnográfico adecuado para describir el método tras esos encuentros.

Mantener la identidad del método etnográfico es ciertamente valioso, pero podríamos preguntarnos si esto se ha logrado a costa de sacrificar la riqueza descriptiva de nuestro método: no su capacidad para la descripción, sino la descripción del método para la descripción. Resulta paradójico que la etnografía, un método centrado en la descripción detallada de mundos sociales diversos, sea tan limitada y poco empírica en las descripciones y conceptualización que hace de sí misma. Podríamos recurrir aquí a la singular metodológica de los STS y aplicar la crítica que John Law hace de manera general a los métodos de las ciencias sociales: «*el problema no es tanto la falta de variedad en la práctica del método como las pretensiones hegemónicas y dominadoras de ciertas versiones o descripciones del método*» (Law, 2004: 4). Me gustaría sugerir que los relatos del campo (*tales of the field*) a los que estamos acostumbrados narran con una limitada riqueza descriptiva y demasiada pureza conceptual las expresiones situadas del método etnográfico, muy poco sofisticados si lo comparamos con la calidad de nuestras descripciones etnográficas. Mi discusión ha tratado de arrojar riqueza en la conceptualización del método cuando este se encuentra con lo digital.

Así espero que se haya entendido el relato que da cuenta de cómo mi etnografía de medios (blogs) es remediada con toda una serie de tecnologías digitales y cómo la etnografía sobre los prototipos es prototipada a través del despliegue de infraestructuras y espacios dedicados a construir problematizaciones conjuntas con otros. Ambos casos evidencian una sensibilidad intensificada hacia la condición infraestructural del método etnográfico y distintiva según el sitio empírico en el que se desarrolla. Diferentes en su ejercicio práctico, la operación que realizo en la descripción del método es la misma en todos esos casos: la cultura de los blogs o del prototipado me ofrece el vocabulario conceptual con el que describir el método etnográfico. Llamaré a esta singular relación entre el objeto de la etnografía y su descripción *un efecto recursivo sobre el método de la antropología*.

Martin Holbraad se ha referido con la noción de recursividad a una operación por la cual «*el punto de vista del nativo proporciona la base sobre la cual es transformada la misma infraestructura para la compren-*

sión y teorización antropológica» (Holbraad: 2013: 126). La recursividad efectúa un gesto que hace de los otros agentes teorizadores dentro de la disciplina antropológica, de tal forma que la tarea de la antropóloga no consiste en iluminar sus concepciones utilizando el marco de conocimiento antropológico; por el contrario, el desafío de la recursividad consiste en explorar «*cómo la etnografía puede actuar para transformar la misma actividad de la antropología*» (Holbraad, 2012: xviii). La recursividad de Holbraad es un ejercicio conceptual que se circunscribe al dominio analítico: el efecto de la recursión sobre la forma etnográfica se produce en el momento del análisis y está contenido en la escritura.

Aunque mi discusión se ocupa del trabajo de campo empírico, la noción de recursividad es lo suficientemente inspiradora para describir la singular relación entre el objeto etnográfico y la descripción de la etnografía. Pero no me refero aquí a la descripción que produce la etnografía, sino la descripción del mismo método etnográfico. La relación que he tratado de mostrar entre uno y otro es singular, pues el primero (lo digital) se convierte en la fuente para la descripción del segundo (la etnografía). La recursión metodológica de las etnografías de lo digital invierte la relación entre objeto de la descripción y el método para la descripción. Lo que está en juego aquí no es la infraestructura teórica de la antropología (como plantea Holbraad) sino, literalmente, su infraestructura material y la fuente teórica para la descripción de esa emergencia. El encuentro de la etnografía con lo digital nos sitúa ante ciertas formas de alteridad que parecen alterar el método, pero en lugar de recurrir a ese tropo, podemos describirlo como un momento en el que antropología encuentra la posibilidad de reaprender, acompañada de los otros, su método, y redescrirlo mediante los vocabularios conceptuales que descubre en sus encuentros empíricos.

Referencias bibliográficas

- Amit, V. (Ed.) (2000). *Constructing the Field. Ethnographic Fieldwork in the Contemporary World*. Oxon: Routledge.
- Back, L. (2012). Live sociology: social research and its futures. *The Sociological Review*, 60(S1): 18-39.
- Back, L. y Puwar, N. (2012). A manifesto for live methods: provocations and capacities. *The Sociological Review*, 60(S1): 6-17.
- Beaulieu, A. (2004). Mediating Ethnography: Objectivity and the Making of Ethnographies of the Internet. *Social Epistemology*, 18(2-3): 139,163.
- Boellstorff, T. (2008). *Coming of Age in Second Life*. Princeton: Princeton University Press.
- Boellstorff, T.; Nardi, B.; Pearce, C. y Taylor, T.L. (2012). *Ethnography and Virtual Worlds: A Handbook of Method*. Princeton: Princeton University Press.

- Bolter, J.D. y Grusin, D. (1999). *Remediation. Understanding New Media*. Cambridge (Mass.): MIT Press.
- Coleman, G. (2010). Ethnographic Approaches to Digital Media. *Annual Review of Anthropology*, 39: 487-505.
- Corsín Jiménez, A. (2013). The prototype: more than many and less than one. *Journal of Cultural Economy*, 7(4): 381-398.
- Escobar, A. (1994). Welcome to Cyberia. Notes on the Anthropology of Cybeculture. *Current Anthropology*, 35(3): 211-223.
- Estalella, A. y Ardèvol, E. (2007). Ética de campo: hacia una ética situada para la investigación etnográfica de internet. *Forum Qualitative Social Research*, 8(3).
- Estalella, A. y Sánchez Criado, T. (2016). Experimentación etnográfica: infraestructuras de campo y re-aprendizajes de la antropología. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 71(1): 9-30.
- Faubion, J.D. y Marcus, G. (Eds.) (2009). *Fieldwork is not what it used to be. Learning Anthropology's Method in a Time of Transition*. Cornell University Press.
- Fortun, K.; Fortun, M.; Bigras, E.; Saheb, T.; Costelloe-Kuehn, B.; Crowder, J.; Price, D. y Kenner, A. (2014). Experimental ethnography online. The asthma files. *Cultural Studies*, 28(4): 632-642.
- Gupta, A. y Ferguson, J. (1997). *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of Field Science*. Berkeley, CA.: University of California Press.
- Harvey, P.; Jensen, C.B. y Morita, A. (Eds.) (2016). *Infrastructures and Social Complexity: A Companion*. Taylor & Francis.
- Hine, C. (2000). *Virtual Ethnography*. London: SAGE.
- Hine, C. (2005). Virtual Methods and the Sociology of Cyber-Social-Scientific Knowledge. En *Virtual Methods. Issues in Social Research on the Internet*. C. Hine, Ed. Oxford: Berg.
- Hine, C. (2015). *Ethnography for the Internet: Embedded, Embodied and Everyday*. Bloomsbury Academic.
- Holbraad, M. (2012). *Truth in Motion. The Recursive Anthropology of Cuban Divination*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Holbraad, M. (2013). Scoping Recursivity. A Comment on Franklin and Napier. *Cambridge Anthropology*, 31(2): 123-127.
- Horst, H. y Miller, D. (Eds.) (2012). *Digital Anthropology*. Oxford: Berg Publishers.
- Igo, S.E. (2007). *The Averaged American: Surveys, Citizens and the Making of a Mass Public*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Kelty, C. (2008). *Two Bits. The Cultural Significance of Free Software*. Durham: Duke University Press.
- Kelty, C. (2010). Introduction: Culture In, Culture Out. *Anthropological Quarterly*, 83(1): 7-16.
- Law, J. (2004). *After Method: Mess in Social Science Research*. London: Routledge.
- Lezaun, J. (2007). A market of opinions: the political epistemology of focus groups. *Sociological Review*, 55(s2): 130-151.

- Lury, C. y Wakeford, N. (Eds.) (2012). *Inventive Methods. The happening of the social*. Oxon: Routledge.
- Madianou, M. y Miller, D. (2012). *Migration and New Media. Transnational families and polymedia*. London: Routledge.
- Marcus, G.E. (2013). Experimental forms for the expression of norms in the ethnography of the contemporary. *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 3(2): 197-217.
- Marres, N. (2012). The redistribution of methods: on intervention in digital social research, broadly conceived. *The Sociological Review*, 60(S1): 139-165.
- Mortensen, T. y Walker, J. (2002). Blogging thoughts: personal publication as an online research tool. En *Researching ICTs in Context*. A. Morrison, Ed. Oslo: InterMedia Report.
- Pink, S.; Ardèvol, E. y Lanzeni, D. (2016). *Digital Materialities. Design and Anthropology*. London: Bloomsbury.
- Pink, S.; Horst, H.; Postill, J.; Hjorth, L.; Lewis, T. y Tacchi, J. (2016). *Digital Ethnography. Principles and Practice*. London: Sage.
- Rabinow, P. (2011). *The Accompaniment. Assembling the Contemporary*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rabinow, P. y Bennett, G. (2012). *Designing Human Practices. An Experiment with Synthetic Biology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Ratto, M. (2011). Critical Making: Conceptual and Material Studies in Technology and Social Life. *The Information Society: An International Journal*. 27(4), 252-260.
- Rheingold, H. (1996) [1993]. *La comunidad virtual. Una sociedad sin fronteras*. Barcelona: Gedisa.
- Sanjek, R. (Ed.) (1990). *Fieldnotes. The Makings of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Savage, M. (2010). *Identities and Social Change in Britain since 1940: the Politics of Method*. Oxford: Oxford University Press.
- Savage, M. (2013). The «Social Life of Methods»: A Critical Introduction. *Theory, Culture and Society*, 30(4): 3-21.
- Savage, M. y Burrows, R. (2007). The Coming Crisis of Empirical Sociology. *Sociology*, 45(5): 885-889.
- Stocking, G. (Ed.) (1983). *Observers Observed. Essays on ethnographic fieldwork*. Madison: The University of Wisconsin.
- Wakeford, N. y Cohen, K. (2008). Fieldnotes in Public: Using Blogs for Research. En *The SAGE Handbook of Online Research Methods*. N.G. Fielding, R.M. Lee y G. Blank, Eds. London.